

Crece la repulsa por el cambio de la estatua de Fernando VII

Ilustres cubanos exponen su disgusto por esa sustitución, que consideran torpe y desacertada

Como era lógico esperar, ha causado repulsa e indignación entre las personas cultas que aman a Cuba con sentido de continuidad—el ayer, el hoy y el mañana—, la sustitución de la estatua de Fernando VII por la de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, en la Plaza de Armas, que es toda ella una reliquia de los siglos pretéritos, declarada Monumento Nacional y que tuvo el acierto de ordenar su restauración el excelente alcalde doctor Miguel Mariano Gómez, hijo de un general de la Guerra de Independencia y presidente de la República, dirigiendo los trabajos documentada y responsablemente el arquitecto Evelio Govantes, profesional prestigioso, plaza que instituye uno de los conjuntos históricos más completos y hermosos de las Américas.

Además de los innumerables telefonemas y visitas personales que se

han recibido en esta redacción, continúan llegándonos mensajes de protesta. Reproducimos hoy las cartas del señor Enrique J. Conill, veterano de la Guerra de Independencia; de su esposa, la señora Lily Hidalgo; del doctor Domingo F. Ramos, eminente médico e higienista y otra calzada con numerosas firmas.

También publicamos la carta que la Academia de la Historia ha dirigido al alcalde, señor Justo Luis Pozo felicitándolo por la sustitución de una estatua por otra.

Febrero 22 de 1955.
Sr. José I. Rivero.

Enrique Conill

Mi estimado amigo:
Acabo de llegar de Francia y he tenido un verdadero disgusto al pasar por la Plaza de Armas y encontrarme, que la estatua de Fernando VII, ya no estaba en su pedestal.

Supuse que la habían desmontado para repararla o limpiarla, pero mi gran sorpresa fué, al enterarme por las cartas que ha recibido el DIARIO que se trata de reemplazarla por una estatua del Padre de la Patria Carlos Manuel de Céspedes.

Realmente es incomprensible que haya cubanos que no sientan el amor a las cosas patrias, y que tratan de borrar nuestro pasado. Este acto es una verdadera patriotería que desdice de nuestra cultura y una completa incomprensión de los sentimientos de los hombres que crearon nuestra independencia.

Los que hemos vivido muchos años en Europa, hemos podido apreciar el amor con que se guarda todo lo que sea un vestigio del pasado, y a nadie se le ocurriría, por ejemplo, en París, destruir el Arco de Triunfo porque lo hizo Napoleón o la Columna Vendome, porque en ella está la estatua del Gran Corso o echar abajo el Palacio de Versalles, o el Museo del Louvre, porque fueron residencias reales.

En ciudades como la Rochelle o Bayona, se conservan calles enteras con arcadas antiquísimas, y nunca, a ningún ayuntamiento se le ha ocurrido echar abajo esas viejas casas porque son recuerdos de siglos de civilización y cultura.

Lo que más me sorprende es que nuestro alcalde el señor del Pozo, que supo impedir que se construyera el Banco Nacional en los terrenos de la que fué la Universidad y el Instituto de La Habana, por considerar que dicho Banco hubiera perjudicado la armonía de esa parte de la ciudad, se haya dejado sorprender por los que acaban de llevar a cabo un acto que se puede decir vandálico.

Para aquellos que creen que esto es un gesto patriótico y acorde con los sentimientos de los que nos dieron la independencia, creo muy oportuno dejar sentado, como un hecho histórico, el siguiente episodio del cual fui testigo, pues, en esos días, tenía el honor de pertenecer al Estado Mayor del general Máximo Gómez.

Hacia poco tiempo que se había firmado el Armisticio y estando el Estado Mayor y la escolta del general Gómez acampada cerca del central "Victoria", de los Zulueta, el administrador de dicho central invitó a un almuerzo al general Gómez y a todo su Estado Mayor. Al terminarse el almuerzo, habló el general Gómez y dijo al final de su discurso, que fué algo emocionante, las siguientes palabras:

"Hoy se ha firmado el Armisticio, todos en Cuba hemos sufrido las consecuencias de la guerra, yo he perdido mi hijo Panchito, que cayó al lado del general Maceo; pues bien, quiero decirles a todos ustedes, y que esto se sepa en toda la isla de Cuba, que a partir de este día han terminado los odios entre

2

cubanos y españoles, pues tenemos que vivir como hermanos, y ahora, todos ustedes, (refiriéndose a su Estado Mayor) pónganse de pie y repitan lo que yo voy a decir, (y con una voz llena de emoción, gritó): ¡Viva España!

Ya ven los patrioteros de hoy en día cómo pensaban los que hicieron la patria sin hacer alardes de mal gusto, que realmente deshonran nuestra cultura y nuestro pasado.

Creo tener el derecho de expresarme de esta manera, pues fué un gran honor y una gran enseñanza para mí, el haber estado con el general Gómez, no solamente durante los últimos meses de la guerra, pero también en La Habana, en la Quinta de los Molinos, donde casi solo lo dejaron sus enemigos políticos. Permanecí seis meses a su lado, sirviéndole como mejor podía, y habiéndole acompañado a la Asamblea Constituyente para presenciar el acto lamentable de la destitución del Gran Caudillo que nos había dado la independencia.

Puede expresar su opinión en el caso que nos ocupa quien a los quince años escapó del colegio en Lisboa, y en un velero hizo el viaje de Lisboa a New York, para presentarme a Don Tomás Estrada Palma y pedirle que me enviara en una expedición. Pero Don Tomás se opuso debido a mis pocos años. Le pedí que me dejara de mandadero en la Junta Revolucionaria, donde serví a sus órdenes durante un año, antes de venir a la manigua con el general Emilio Núñez.

Perdone amigo Director lo largo de esta carta, pero no podía dejar de expresar mi contrariedad ante este nuevo atentado al patrimonio nacional.

Su Afmo. amigo,

(Fdo.) Enrique J. Conill.

Febrero 22 de 1955.
Señor José Ignacio Rivero,
Director del DIARIO DE LA MARINA.
Habana.

Muy señor mío:

Después de leer las hermosas y sentidas cartas que han escrito la señora Emma Cabrera de Giménez Lanier, la señora Consuelo Borrero Piedra, y de los magníficos artículos que el tema ha provocado, pocas palabras puedo agregar, pero quiero también expresar mi profunda pena al ver que se desea suprimir en uno de los pocos conjuntos coloniales que nos queda, un ornato que es allí capital. La belleza de la Plaza de Armas, sus recuerdos del pasado, buenos o tristes, que están allí intactos, deben ser respetados, pues son la historia de nuestra ciudad.

Imitemos en esto a los países de vieja cultura, que con tanto celo y objetividad guardan las reliquias de su historia.

Nuestro gran patriota, esa máxima figura de nuestra independencia, Carlos Manuel de Céspedes, no merece el puesto de un desplazado. Para honrar su memoria con la veneración el que nos inspira a todos los cubanos, debe escogerse un lugar más adecuado y digno de su gloria.

Como cubana que ha consagrado cuarenta y tantos años de su vida a sus compatriotas más infortunados y he vivido y participado de las penas y alegrías de mi patria, me creo autorizada a unir mi protesta a las que ya se han formulado en

un movimiento que considero tan cívico y justificado.

Queda de usted muy atentamente,

(Fdo.) Lily Hidalgo de Conill,

Tenesmo de patriotería

Cuando el mundo se une y cada pueblo tiende a mostrar su historia sin destruirla. Cuando los españoles hacen y obsequian a Cuba un monumento que enaltece nuestro patriotismo. Cuando acabamos de sepultar en tierra cubana dos libertadores cuyas preciosas cenizas nos envía la nación que hoy podemos llamar Madre Patria, con todo patriotismo porque como tal se porta. Entonces, tenemos tenesmo de patriotería. No digo ni puedo decir patriotismo después de haber leído las cartas de Emma Cabrera y Consuelo Borrero, y el artículo de Victor Bilbao. Y para ello rompemos la hermosa armonía de uno de nuestros monumentos nacionales, sacamos la estatua de un español de donde no lo han molestado en más de medio siglo nuestros patriotas libertadores con todo poder para hacerlo; y tratamos de empuñecer a uno de nuestros grandes patriotas.

Claro, que esto no es otra cosa que una de las paradojas sintomáticas de la psicopatía tan extendida que padecemos.

He aquí el diagnóstico clínico y etiológico.

Como tratamiento curativo y preventivo:

Sabed que si el siglo dieciocho fué el último siglo de la dependencia (imperialismo) y el siglo diecinueve lo fué de la independencia (nacionalismo), este siglo veinte en que estamos lo es de la interdependencia (internacionalismo o mejor universalismo).

Hoy, si es cierto que no hay que pelear contra los británicos siguiendo a Pepe Antonio; tampoco hay que molestar a los españoles, siguiendo a Martí. Hay que tratar de conectar a Cuba, como lo hace Batista.

Esas Embajadas Especiales que llegan ahora a Cuba y esa Embajada cubana que recorrió el Pacífico y que integran tres cubanos de los cuales dos—el Embajador y su hermano—nacieron en España, son expediciones tan importantes hoy, como lo fueron ayer las que el gran patriota general Emilio Núñez, cuyo centenario de nacimiento celebramos este año, hacía cruzar el Estrecho de la Florida de Norte a Sur.

El 24 de Febrero de 1955 tendrá en la historia de Cuba una importancia semejante al otro cuyo sexagenario celebramos también dentro de tres días como exponentes de los siglos a que pertenecieron.

(Fdo.) Dr. Domingo F. Ramos.

Febrero 22, de 1955.
Sr. José I. Rivero, director DIARIO DE LA MARINA.
Paseo del Prado.
La Habana.

Señor Director:

Los que suscriben se unen a las quejas de otros habaneros que acertadamente han levantado sus voces en contra del extraordinario cambio sufrido sobre el pedestal de la estatua en nuestra Plaza de Armas.

En el lugar de la estatua de Fernando VII está colocada la de Carlos Manuel de Céspedes pro-hombre de nuestra historia. No se le ha hecho un monumento. Ni siquiera le hicieron un pedestal nuevo. Carlos

109

Domingo F. Ramos

Manuel de Céspedes, Padre de la Patria, ahora está montado sobre el mismo pedestal de Fernando VII. Así se escribe la historia.

De otra parte, un ambiente típico colonial de un monumento nacional se elimina de un plumazo una de sus partes más bonitas y finas: la estatua de Fernando VII. Señores: hay que saber lo que hizo Fernando VII para Cuba, las "gracias" que le otorgó y lo que floreció el país bajo su reino. Pero lo han desaparecido y escondido. Así se escribe la historia.

Pedimos un Carlos Manuel de Céspedes sobre su propio pedestal, en un monumento suyo que lo honre dignamente en la Habana. Pedimos la restitución de la estatua de Fernando VII, también sobre su propio pedestal en la Plaza de Armas. Así sí se escribe la historia.

Hemos leído el artículo publicado por ese periódico, por lo cual los felicitamos.

De usted atentamente,

(Fdo.) Dulce María A. de González, M. A. González, Isabel Godínez, Fernando Cancio, M. González, José Ignacio Alvarez, Guillermina Alvarez y otras muchas firmas.

De la Academia de la Historia

La Habana, febrero 18 1955.
Sr. Justo Luis Pozo y del Puerto.
Alcalde municipal.
Ciudad.

Señor:

La Academia de la Historia de Cuba en su sesión ordinaria del día de ayer acordó, por unanimidad, felicitar a usted por la erección de la estatua de Carlos Manuel de Céspedes en la Plaza de Armas, bautizada hace años con el nombre del egregio cubano aunque sigue la Corporación aspirando a que el Padre de la Patria tenga, además, el gran monumento que, desde que se presentó el proyecto Torriente en el Senado de la República, anhela ver convertido en realidad.

Al comunicarle este acuerdo aprovecho la oportunidad para reiterarle el testimonio de nuestra consideración más distinguida.

Muy atentamente de usted,
(Fdo.) Dr. Emeterio S. Santovenia
presidente.

DOCUMENTAL

D. de la Marina

Feb. 23/1955
BOCINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA